Nº 654
20
Julio
2022
Miércoles

Las carpetas de Villarejo

Emilio Álvarez Frías

¿Cuántos días, meses, años estamos oyendo de las andanzas de José Manuel Villarejo Pérez, al parecer un empresario español, excomisario del Cuerpo Nacional de Policía, que ha sido acusado de organización criminal, cohecho y blanqueo de capitales, habiendo probado las dependencias carcelarias desde el 3 de noviembre de 2017 hasta el 3 de marzo de 2021.

Da la sensación de que es como una de esas series policiacas, donde siempre aparece el mismo malo aunque implicado en diferentes perversidades, de las que se va salvando gracias a que le va colgando los hechos delictivos a una larga serie de personajes de entre los que tiene registrados en su agenda, sacando en cada caso la carpeta adecuada que contiene las tropelías llevadas a cabo por el mencionado malhechor. Eso sí, la preferencia de a quienes adjudicar los desmanes suele ser uno de los partidos políticos del país España, aunque luego, en las declaraciones judiciales o no judiciales va dejando rezumar determinados nombres entre unos y otros partidos e individuos, de forma que se va formando una masa pegajosa, confusa, viscosa, imprecisa de los hechos que el juez, con gran esfuerzo va intentando descubrir, sin que en la mayoría de los caos sea capaz de hilar con claridad lo que va sonsacando poco a poco, pues, da la impresión, de que cuando ya tiene bien agarrado por los pelos un caso para dictar sentencia, ¡zas!, surge otro añadido que descabala todo lo reunido hasta el momento.

Digo yo que debe ser, más o menos algo así, pues solo de tarde en tarde veo en la prensa que el señor Villarejo va camino de los juzgados, escondido bajo su gorra de visera, con la carpeta arrebujada en un abrazo como escondiendo algún misterio, de la que parecen querer salir no pocos papeles. Debe ser el arca de su tesoro donde guarda todos los cotilleos que ha conseguido y que son los que suelta de vez en cuando en algún juicio más que nada para seguir molestando a determinadas gentes y tener en un desasosiego al juez correspondiente.

A lo mejor me equivoco totalmente en lo que digo, cosa que puede producirse, pues ni sé en qué líos está el señor Villarejos, ni qué sabe realmente de todos aquellos que ha puesto en el candelero fichado su vida, ni tengo seguridad que esté jugando con los jueces.

Lo que sí digo es que no parece serio que este caso –como lo fue o lo sigue siendo el «Barcenas»– resulten imposibles de llegar a tener fin, bien por los tejemanejes de Villarejos, bien por la falta de claridad en los expedientes que se manejen.

Para solucionar en el menor tiempo posible el caso Villarejo en sí, o los casos Villarejo en el supuesto de que existan, que como con las meigas, haberlos debe haberlos, se me han ocurrido dos ideas que podrían dar resultado; una de ellas es un tanto perversa, pero que no haría daño a nadie y que no descubro para que no me la copien; la segunda es echar mano de los que manejan bien el cotilleo por internet o aa través de los teléfonos móviles, y consigan unos «Pegasos» al menos como los de Mohamed VI, con todos los papeles del susodicho Villarejo. Con ese material es de suponer que ya tendrían donde agarrarse los jueces para dictar sentencia sobre todos los casos que se puedan desprender de la documentación del excomisario.

Ya sé que esto no está autorizado en los «países civilizados» –aunque vemos que el que más y el que menos lo utiliza a través de su organización de espías o de amigos de toda la vida–. Ni yo me atrevería a hacerlo, pero es un sistema normalmente en uso. Lo mismo que hubiera hecho en el caso Bárcenas, que no sé si ya estará finiquitado o solo en estado de espera.

Y es que hay que terminar con estos rollos que no terminan de aclararnos si los malos son los malos o los malos son los buenos. Es un no dormir. Como cuando Pedro Sánchez nos decía aquello de que no dormía por la sola idea de pensar que se podría juntar con Pablo Iglesias para destruir España. Nos aburren profundamente con tanto trapicheo y cambalache que diría el tango («Hoy resulta que es lo mismo / ser derecho que traidor… / ignorante, sabio o chorro, / generoso o estafador! / ¡Todo es igual, / nada es mejor, / lo mismo un burro que un gran profesor! / No hay aplazaos ni escalafón, / los inmorales nos han igualao…/) pues ni siquiera terminan de aclararnos mediante las leyes que promulgan, toda vez que no pocas de ellas van contra la misma legislación en vigor, mintiendo sin discreción, defendiendo a los que matan y a los que quieren romper la unidad del país,…

Aunque, por lo que se revuelve estos días, quizá se vaya a despejar un tantico el tufo que nos rodea. En unas horas hemos asistido a la dimisión de Adriana Lastra como vicesecretaria general del PSOE por estar embarazada (aunque no deja el puesto del Congreso de los Diputados y sus bicocas que la aportan del orden de 91.865,48€ anuales); y Dolores Delgado renuncia como fiscal general del Estado por razones de salud. La bancada, después de tanto retorcer

la política, parece que va decayendo en la salud. ¿Estará pensando Pedro Sánchez presentar su dimisión por algún mal cerebral que lo acongoje y que hasta ahora no se lo habían diagnosticado?

Como en más de una ocasión hemos comentado, a lo largo de los siglos ha habido tiempo para producir botijos a gogó, en cualquier parte del territorio nacional, modificando las hechuras, incluso los materiales de que están fabricados. Hoy aportamos un botijo de cobre, una pieza antigua de Cantir Deco que se exhibe en Lérida, y que da la impresión de que bien podía haber pertenecido tanto a El Cid como a un payes catalán.

* * *

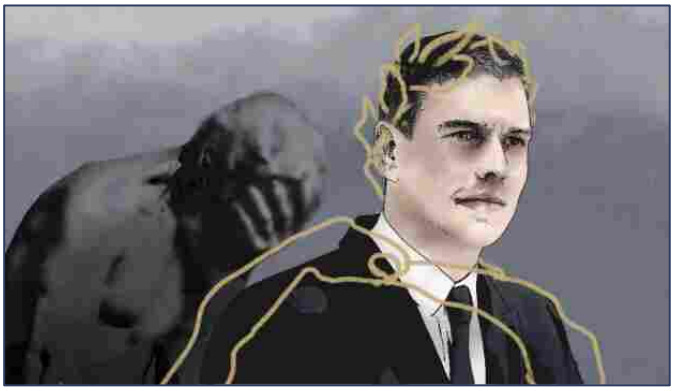
Los palmeros

El nuevo alarde de mal gusto de Rufián, que no sé hasta dónde podrá llegar en su impulso irrefrenable de hacer el ridículo, molestó al presidente. Es en lo único que coincidí con Sánchez en aquella mañana aburrida de un martes a casi cuarenta grados

Juan Van-Halen *(El Debate)*
Es escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de Sam Fernando

El César Sánchez impuso a los suyos (los bien colocados, sus votos parlamentarios; el votante de a pie de momento no le ocupa) pedir perdón a Podemos por haber sido peón de Biden en lo de sus destructores y los dineros de Defensa, y lo visualizó con decisiones que no servirán para nada. Las medidas sobre Bancos y Eléctricas las pagaremos los usuarios. Los euros para los jóvenes y los bonos ferroviarios de octubre a diciembre –¿todos los viajeros necesitan esa ayuda?– serán una cataplasma y los viáticos destinados a jóvenes los pagarán sus padres esquilmados mientras el Gobierno hace caja con la inflación. Con más gasto, sin ahorro y mintiendo no se sale del hoyo. No cumplió sus promesas en La Palma o en Zamora. La bancada socialista premió al jefe con un desbocado aplauso.

Sánchez aparecía en las fotos como gallo triunfador rodeado de sus vicepresidentas, todas con sonrisas de dentífrico menos Yolanda Díaz que tenía la mirada perdida en la baleada cúpula del hemiciclo que Sánchez había recordado a Rufián cuando exhibió unas balas desde el atril. Ni Sánchez ni Rufián habían sufrido el asalto del 23-F de hace cuarenta y un años, pero yo sí, y no fue suceso para bromas. El nuevo alarde de mal gusto de Rufián, que no sé hasta dónde podrá llegar en su impulso irrefrenable de hacer el ridículo, molestó al presidente. Es en lo único que coincidí con Sánchez en aquella mañana aburrida de un martes a casi cuarenta grados.



No había que recurrir al oráculo para anticipar en qué daría el debate del estado de la Nación: en una nueva entrega al radicalismo; nada nuevo. El presidente es experto en achacar sus errores a otros y en mentir, habilidades que le acompañan como una segunda piel. No importaba que en la primera visita de Feijóo a Moncloa se presentase con una carpeta de propuestas sobre las que nunca más se supo. Resulta que era Sánchez quien había presentado un catálogo de soluciones. El presidente recalcó su interés por una parte de las víctimas de la guerra civil de hace más de ochenta años pero olvidó las leyes y normas de rango vario que se dictaron para la concordia desde antes de aprobarse la Constitución, incluida la Ley de Amnistía de 1977. No recordó su aberrante pacto con Bildu. Por lo visto es compatible considerar a ETA un episodio del pasado que debe superarse y entender actualísimo el coco del franquismo que no asusta ni a los niños porque no saben qué fue. Dentro de poco nuestros infantes no sabrán quiénes fueron El Cid o Pizarro, uno por guerrero y el otro por colonialista. La ignorancia favorece al jefe.

Los palmeros, cada vez más escasos salvo que estén en nómina, mostraron unanimidad sin la mínima reticencia. Dijese lo que dijese el jefe le aupaban insistentes aplausos. No ponían la mirada en el corto o medio plazo sino en el minuto siguiente. Me recordaba Saturno devorando a su hijo, la más negra de las pinturas negras de Goya, que acaso era una alegoría del felón Fernando VII devorando a su pueblo en una España oscura. En la bancada de la izquierda no intuían la alegoría parlamentaria a la que asistíamos. El César Sánchez dando pasos de canibalismo político, consolidados por la experiencia, en un tiempo oscuro. Su víctima es España como la conocimos, como era desde la Transición pactada desde la concordia, hasta que llegó Zapatero que está en todas las salsas y sembró la división y el odio. La recogida de aquella pésima cosecha la está haciendo Sánchez. Y con qué desvergüenza.

Desde la que ya se conoce como «Ley Bildu» y su intervención ante el Rey en Ermua ni Sánchez ni este PSOE tienen derecho a la indulgencia. La mención a España y al País Vasco como «dos países libres y en paz» fue un tributo a Bildu y supone una indignidad impropia de un presidente de Gobierno, además de una burla a la Constitución que afirma «la indisoluble unidad de la Nación Española, patria común e indivisible de todos los españoles». Algunos periodistas engrasados hablaron de un lapsus pero Sánchez llevaba el texto escrito. Es constatable la cantidad de sapos que se traga el Rey por su posición institucional. La frase de Sánchez en Ermua es ya demasiado sapo.

La última semana nos ha deparado alguna otra curiosidad. No es de recibo la presencia de banderas rojas con la hoz y el matillo en el acto de Yolanda Diaz presentando «Sumar», contraviniendo la Resolución del Parlamento Europeo de diciembre de 2019 sobre exhibición pública de símbolos comunistas y nazis. Considerarían escandaloso que alguien exhibiese una bandera con el

Águila de San Juan, ante la que fueron recibidos como diputados Carrillo, Pasionaria o Alberti, constitucional hasta la Ley de Símbolos de 1981.

Otra curiosidad fue la entrevista con la embajadora de Estados Unidos en España, Julissa Reynoso, nacida dominicana. Apareció en portada del diario gubernamental, nueva versión de «El Socialista»: «La química entre Biden y Sánchez ha dado un empuje a nuestra relación». La entrevista en su conjunto es diplomática, incluso escapista; la embajadora no se moja. Biden no había tenido hasta la cumbre OTAN el menor interés en buscar esa «química» con Sánchez que la embajadora vislumbra. Y en la propia cumbre, según las numerosas fotos publicadas, se observa más química entre Biden y Begoña, la dama de Moncloa, que entre Biden y Sánchez. Jaime Peñafiel, viejo amigo y sabio en estas lides, nos informa en LOC de la fama de «sobón» y «tocón» de Biden y se extraña de que la lógica incomodidad de Begoña no se advirtiese en las imágenes: «es más, ella correspondía acariciándole el cuello». Ni quito ni pongo manoseo; reproduzco al maestro Peñafiel. Todo sea por el atlantismo recuperado. Podría decirse lo que en la chulísima chapa que lució Yolanda, la vice: «Existo, luego te jodes». Estos de la nueva política y los nuevos sueldazos no saben estar.

* * *

Una ley sectaria y tramposa

«Que la Ley de Memoria Democrática tiene un espíritu y una letra absolutamente totalitarios lo percibe cualquiera que la lee desde la primera línea»

Esperanza Aguirre *(elSubjetivo)*

«La construcción de una memoria común no es un proyecto nuevo en la sociedad española. El régimen franquista impuso desde sus inicios una poderosa política de memoria que excluía, criminalizaba, estigmatizaba e invisibilizaba radicalmente a las víctimas vencidas tras el triunfo del golpe militar contra la República legalmente constituida. En el marco de este relato totalitario, y al mismo tiempo que continuaba una dura represión sobre las personas que defendían la Segunda República, se establecieron importantes medidas de reconocimiento y reparación moral y económica a las víctimas que habían combatido o se habían posicionado a favor del golpe de Estado».

Este párrafo pertenece a la larga y farragosa, además de sectaria y tramposa, exposición de motivos con la que se intenta justificar esta siniestra Ley de Memoria Democrática. Sin embargo, si se lee despacio este texto y sin entrar a analizar la contundencia de las afirmaciones que contiene, en sus líneas encontramos que está contenida la crítica más feroz y profunda a la Ley que intenta justificar.

Aunque se entiende sin demasiadas explicaciones, merece la pena comentarlo con algún detalle. Empieza diciendo que el régimen franquista ya impuso a los españoles una determinada memoria, con la que intentaba justificarse a sí mismo; una memoria de la que excluía a todos los derrotados en la Guerra Civil. Y con una cierta lógica, esta exposición de motivos utiliza la palabra, que creo que es la clave de todo el texto, «totalitario». En efecto, «construir una memoria común», hasta ellos, los mismos autores del texto, reconocen que es totalitario.

Después de calificar de totalitario lo que hicieron los franquistas, que, según los impulsores de esta repugnante ley, querían hacerse los dueños de la memoria de los españoles, los autores de este engendro se ponen manos a la obra para hacer exactamente lo mismo, sólo que al revés.

Que la ley tiene un espíritu y una letra absolutamente totalitarios lo percibe cualquiera que la lee desde la primera línea, pero que lo reconozcan tan explícitamente, como hacen sus autores en el párrafo transcrito, no era esperable. Quizás se deba a que no la han releído.

Porque sí, es verdad, todos los regímenes totalitarios han intentado imponer una determinada interpretación de la Historia y una determinada manera de pensar. Y el mejor ejemplo de ello lo tenemos en los regímenes comunistas, empezando por el soviético. Creo que hasta los miembros de la actual Comisión Ejecutiva Federal del PSOE, cuya producción intelectual es perfectamente descriptible, conocerán las maniobras de Stalin borrando de las foto grafías la figura de Trotsky (de borrarlo del mapa ya se encargó un fervoroso seguidor de las órdenes de Stalin, el español Ramón Mercader con su piolet). Pero es que, además, Lenin, el teórico y fundador del marxismo-leninismo, propugnó que uno de los principales objetivos de su régimen era la creación de un «hombre nuevo», cuyas ideas y cuya cosmovisión fueran las del comunismo.

Y en los regímenes comunistas que perviven, que son muchos, esa construcción del hombre nuevo sigue siendo siempre uno de los ejes centrales de sus políticas. Mírese a China, Cuba o Corea del Norte, para no mirar a los desdichados países que en Hispanoamérica están poco a poco cayendo en ese «socialismo del siglo XXI», que es el nombre que ha tomado el comunismo para disimular un poco. En todos ellos, el Estado pretende apoderarse de las mentes de los ciudadanos. Justo lo que los autores de esta ominosa ley dicen, sin rebozo ni reparo, en el párrafo citado, que quieren hacer con los españoles.

Si la declaración expresa de tener la voluntad de hacer lo mismo que los franquistas, sólo que dándole la vuelta a la tortilla, no fuera suficiente para calificar de totalitaria esta ley, la aparición, casi un centenar de veces de la palabra «verdad» nos remitiría al *1984* de Orwell, esa obra que describe a dónde nos conduce el totalitarismo, y en la que adjudica al «Ministerio de la Verdad» un

papel esencial para eso, para determinar qué y cuál es la verdad, que deben admitir y hacer suya los súbditos de un régimen totalitario.

Se puede llegar a leer que la ley pretende «garantizar el derecho a la verdad». ¡Madre mía! Y ¿quién sabe qué es la verdad? Pues según esta ley, Sánchez y los suyos; como lo sabían Lenin y Stalin. ¡Cuánto mejor que aceptaran humildemente las palabras de Antonio Machado: «Tu verdad no, la Verdad; y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela».

* * *

Entre Europa y Kirchnelandia

El presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, interviene durante el Debate sobre el Estado de la Nación, el pasado martes

Jesús Cacho *(Vozpópuli)*

Lleva viajando al centro político desde que llegó a Moncloa. Bien instalado en la izquierda radical, sólidamente anclado en la peana por comunistas y nacionalistas de izquierdas (amén del apoyo mercenario del nacionalismo vasco de derechas), sus apologetas no han dejado de hablarnos estos años de ese perpetuo y constante viaje al centro de Pedro Sánchez. No ha habido, en efecto, mes, semana incluso, en que no hayamos sido víctimas de ese tocomocho, que no hayamos sido sermoneados desde el púlpito de los medios, tanto públicos como privados, del furor centrista de Pedro. Y un cuerno. Esta semana ha quedado claro el gen ideológico que distingue al sujeto: un líder de izquierda radical hermano siamés de los liderazgos populistas radicales que hoy pueblan Hispanoamérica. Lo recordaba aquí el jueves Agustín Valladolid, poniendo en boca de Rubalcaba la ajustada definición del galán: «No es un socialista, ni un socialdemócrata. Pedro Sánchez es un radical de izquierdas». Por eso llama la atención la precipitación con la que columnistas de postín han mordido el anzuelo del supuesto giro a la izquierda de Sánchez: bobadas al por mayor. Él siempre ha estado en la izquierda radical, razón por la cual rechazó en su momento la posibilidad de formar Gobierno de coalición con el Ciudadanos de Albert Rivera, y razón por la cual eligió el tipo de socios que le ayudaron a ganar la moción de censura y que desde entonces le mantienen en el trono.

Ocurre que el personaje venía muy malito del varapalo cosechado en Andalucía hace escasas fechas («¿En nombre de quién gobiernas, Pedro? ¿A quién representas?»), muy cuestionado entre la gleba de izquierdas, muy debilitado

en su liderazgo, y necesitaba sacar cabeza y respirar, tomar aire. A eso se reduce el espectáculo al que hemos asistido esta semana en el Congreso. Y, a tenor del entusiasmo desplegado por los Julianas de turno a la hora de elogiar las medidas desgranadas por el carismático líder, su arrobo al ensalzar su calidad oratoria, su babeante satisfacción al glosar la forma contundente en la que se impuso a «las derechas», el éxito de la operación ha sido total. Verdura de las eras, teniendo en cuenta que apenas el 5% de la población se suele interesar por este tipo de debates. ¿Y cuál ha sido el arma letal que ha permitido al virote lograr tan deslumbrante éxito? Pues el libro gordo de Petete del populismo de izquierda o, mejor dicho, de extrema izquierda: anunciar castigos a los poderosos y dádivas a los pobres. Dicho todo muy grosso modo, porque la grosería del planteamiento no merece alambicados ejercicios de estilo, se trata de eso. De presentarse como el defensor de los humildes («me voy a dejar la piel en defensa de los más desfavorecidos») y azote de los ricos insolidarios. Capítulo primero del manual de la demagogia política, el libro negro en cuyas páginas han escrito todos los populistas que en el mundo han sido.

Detenerse a analizar el impuesto a los «beneficios extraordinarios» de bancos y energéticas sería ejercicio inútil teniendo en cuenta que lo más probable es que todo quede en agua de borrajas, como la mayor parte de los anuncios efectuados a bombo y platillo durante sus ya más de cuatro años de Gobierno. Diantre, parece que algunos no se han enterado aún de la naturaleza evanescente del personaje. Prisionero de su extrema debilidad parlamentaria, Sánchez es un político que vive al día. Su única estrategia consiste en salir del agujero de hoy, dar salida al problema que ahora mismo nos aflige. ¿Cómo? Con lo que sea, de la forma que sea, con las cesiones que sea preciso hacer, los peajes que sea menester pagar. Con las bajadas de pantalones que sus socios exijan. Pero, presidente, que la Abogacía del Estado dice que, que los mercados amenazan con tal, que Bruselas amaga responder con cual… Da lo mismo, no importa, responde el zangolotino. Lo importante es resolver el pro blema de hoy como sea, y mañana Dios dirá. Mañana ya veremos cómo resolvemos el problema de mañana. Eso es Sánchez. A eso se reduce. A eso se circunscriben todas sus políticas. A durar un día más. Y no hay más cera que la que arde en el Gobierno, en Moncloa o en Ferraz. Nada.

A la vuelta del verano seguramente nadie hablará ya del impuesto, porque, además de ser un burdo intento de asalto (las empresas ya pagan los impuestos que dicta la ley, tanto a nivel de sociedades como sobre los beneficios) a la propiedad privada, susceptible de acabar en los tribunales, es de una materialización tan problemática, tan difícil su concreción desde el punto de vista del rigor contable, que Su Sanchidad terminará metiendo la amenaza en el cajón donde reposan tantos y tantos de los Decretos Ley que jalonan su paso

por el poder. La intención, sin embargo, es perversa. Kirchnerismo puro. Alguien ha escrito que se trata de «la dinámica depredadora de una coalición cuyo único objetivo parece ser el apropiarse de la riqueza generada por el sector privado, acabar con cualquier incentivo para crearla y repartir las migajas del expolio entre una población empobrecida». Quienes, de momento, no han dicho ni mu son nuestros bizarros empresarios del Ibex, esa elegante gente que dirige nuestras grandes empresas sin ser sus dueños y que tan solícita se muestra a la hora de rendir pleitesía al gran líder cada vez que éste reclama su presencia en Casa de América y similares porque necesita exhibir su galanura, mostrar su refinado atavío, con las cámaras de TVE por testigo que para eso son suyas. Sorprende, por eso, que la señora Botín no haya colgado aún un tiktok en mallas deportivas color púrpura, congratulándose junto al resto de accionistas de iniciativa tan ecofeminista y socialmente inclusiva.

Es verdad que el personaje ha cogido aire, ha tomado carrerilla para pasar las vacaciones en La Mareta con cargo al erario público. Una inyección de bótox que debe servirle para llegar vivo a septiembre, a ese otoño que se anuncia atroz para tantas familias españolas. Con su discurso a lo Robin Hood, ha logrado acallar momentáneamente las protestas de la izquierda radical a la que pretende pastorear en exclusiva. En contra de algunas tesis escuchadas estos días, Sánchez no ha ocupado ningún espacio nuevo a la izquierda del PSOE que no hubiera ocupado antes. Hace tiempo, en efecto, que el bandarra se merendó el voto de Podemos y por supuesto el pretendido voto de nuestra fantástica Yolanda (he ahí una mujer sin pies ni cabeza, bueno, con cabeza sí, cabeza como punto de partida de esa frondosa melena con la que donosamente abanica el gigantesco bluf de esfinge convertida en burla a la razón kantiana y a la otra). Lo único que ha hecho Sánchez ha sido quitarse la careta ante quienes siguen pernoctando en el guindo y presentarse tal cual es, tal cual ha sido desde el principio: el Largo Caballerete, modelo siglo XXI, presto a oficializar su condición de candidato único de la «izquierda Mélenchon» española, acabando con cualquier ficción de socialdemocracia que pudiera quedar en el viejo PSOE que conocimos en la transición. No hay más izquierda que la que encabeza Sánchez y es una extrema izquierda populista que se va a presentar a las próximas generales bajo la fórmula del Frente Amplio, tan en boga ahora en América del Sur, o, si lo prefieren, bajo la temible vieja fórmula del cañí Frente Popular hispano.

Al líder máximo le queda por arreglar la situación de Pablo Iglesias, el gallo de Morón que ahora tiene fuera del poder meando dentro, y a quien necesita meter dentro para que mee fuera, asunto que reclamará algún tipo de pacto con el patrón del sujeto, el millonario comunista Roures, y que está en el ori-

gen de los temblores periodísticos a los que hemos asistido estos días, Villarejo y sus audios mediante. El jefesito acaba de inaugurar la campaña electoral para las próximas generales. Nos esperan unos meses, en realidad casi un año, de auténtico aúpa. Mayo de 2023 es el muro que se yergue ante el aprendiz de sátrapa, prueba que difícilmente podrá superar sin hacer coincidir generales con autonómicas y municipales. Hasta entonces vamos a vivir el año más convulso en mucho tiempo, el más crispado. Sánchez se ha blindado con su banda, se ha hecho fuerte en el bloque de los enemigos de la nación de ciudadanos libres e iguales, de los que niegan la reconciliación entre españoles. A él, o eso cree, solo le puede salvar la crispación, la polarización entre las viejas dos Españas, la de los «desfavorecidos» a quienes él brinda protección con toda clase de limosnas (y tiene margen de sobra: cerca de 20.000 millones de más lleva recaudado el Tesoro gracias, entre otras cosas, a la inflación) con cargo al dinero del contribuyente, y la de quienes no le votan, bloque hoy mayoritario en el que participan cientos de miles de viejos socialistas escandalizados con las «obras completas» del felón. El bloque PP-Vox suma hoy entre 180 y 190 escaños, frente a los 150 en que camina la suma de la coalición Frankenstein. Demasiada diferencia que, a tenor de las perspectivas económicas, solo puede ir en aumento.

Una realidad que no hace sino incrementar los riesgos del futuro inmediato. La lista de «sorpresas» con la que podríamos toparnos de aquí a mayo próximo puede ser tan larga como lesiva para los intereses colectivos. El tipo es un enemigo formidable, conviene reiterarlo, y está dispuesto a vender cara su derrota haciendo añicos (Ley de Memoria Etarra, ocupación definitiva del poder judicial, que incluye la colocación de Conde Pumpido, el Vyshinski español, al frente del TC) lo que queda en pie, no demasiado, del edificio constitucional. Necesita agitar el avispero (la miserable frase de Zapatero a Gabilondo: «Nos conviene mucho que haya tensión») para que Juan Español no hable de lo que cuesta llenar el depósito de gasolina o colmar la cesta de la compra y sí de los líos y escándalos (ojo al posible referéndum que pueda pactar bajo la «mesa de negociación» con ERC) que él se ocupará de servirnos en bandeja de plata con la ayuda de los medios públicos y privados que le sirven de alfombrilla. Queda por saber qué hará el PP de Núñez Feijóo. Cómo afrontará esta etapa decisiva. Sánchez le ha dejado el centro político expedito, cierto, pero esa franja hay que defenderla y el PP no lo hizo esta semana en el Congreso. Si Sánchez consiguiera trasladar a la opinión pública la idea de que en un contexto de hiperinflación es justo que bancos y energéticas paguen más, y que ese dinero extra (verdaderamente «caído del cielo», cierto) ser virá para ayudar a los pobres (no es necesario afinar más el discurso), entonces podría atraer a una parte de ese centro hacia postulados extremistas, convirtiendo su demagogia en falsa pedagogía popular.

Con su silencio, con su fijación en el «libreto ETA», el PP se olvida de lo importante, de la necesidad de dar una batalla que, además de ideológica, afecta directamente al bolsillo de millones de pequeños accionistas de bancos y eléctricas cuyo nivel de vida se vería recortado, vía dividendo, por ese impuesto extraordinario. Se olvida de la importancia que la seguridad jurídica tiene a la hora de atraer inversión extranjera, se olvida de la estabilidad regulatoria imprescindible para generar riqueza y empleo, se olvida de denunciar los riesgos de las políticas populistas, las que consisten en tirar del gasto público y financiarlo con deuda, que directamente conducen al empobrecimiento de la ciudadanía. Y se olvida de recordar que los españoles tendrán que elegir en las próximas generales entre progreso y miseria. Entre Europa y Kirchnelandia. Se olvida, en suma, de los principios, chapoteando una vez más en la inanidad ideológica que caracterizó al funesto marianismo y que tanto daño ha hecho a la España liberal, algo que va mucho más allá de Botines y Galanes para inscribirse de lleno en el corazón de esa guerra cultural que el centro derecha no tendrá más remedio que librar si quiere ser parte de la solución a largo plazo de los problemas de España. Todo lo que sea simple gestión no es sino resignación.

* * *

Lastra: el final del espejismo

«El discurso de Lastra es casi siempre mediocre en el análisis de la realidad, pero sí ha demostrado capacidad de hurgar en las heridas de los rivales y dar titulares contundentes»

Teodoro León Gross *(elSubjetivo)*

«No se puede beber agua en un espejismo», sostiene un proverbio del desierto. Del mismo modo que en política «no se pueden sacar votos de un espejismo». Y la recuperación milagrosa del PSOE en el Debate sobre el estado de la Nación era, más que nada, un espejismo; un clima de euforia artificial por un discurso cuyas medidas aplauden los suyos pero no se creen los ciudadanos, según los sondeos inmisericordes. La marcha de Adriana Lastra los lleva de regreso al estado de crisis en el partido.

Hay que reconocer el éxito de Moncloa filtrando la causa del embarazo delicado para desviar por completo la polémica hacia la maternidad de Lastra. Las redes bullían ayer con la incoherencia feminista de dejar el cargo en lugar de coger una baja. Chapeau! Con ese cebo bastante elemental habían logrado, por la vía rápida, apartar los focos de que se hubiera hecho rodar la cabeza de la número dos de la organización. Y en nada esto se disolverá entre el calor asfixiante y el fuego devastador del ferragosto.

El equipo de Moncloa ha vuelto a acertar en la especialidad de la casa: proporcionar el cebo de una polémica secundaria, en este caso la renuncia por un embarazo problemático, capaz de sembrar de minas el debate público. En los medios proliferaban los titulares más o menos indignados de organizaciones y activistas feministas que reprochaban a Lastra y/o al PSOE ese paso atrás. Y es lógico. Pero Moncloa siempre preferirá un debate sobre su coherencia antes que sobre su decadencia.

De hecho, mientras la derecha entraba al trapo, desde Cuca Gamarra a Macarena Olona, en Podemos guardaban silencio disciplinadamente. En las cuentas de Twitter de Irene Montero, Ione Belarra, Yolanda Díaz o Echenique, habitualmente más inflamables que los montes del país, ni mú a lo largo del día. ¿Alguien se imagina que una dimisión en la cúpula del PP se atribuyera a un embarazo? ¿Cuánto tardarían desde la izquierda en montar un cisco de aúpa, acusando a la derecha de actuar bajo la doctrina del catecismo Ripalda para acabar con todos los progresos logrados por las mujeres progresistas con sangre, sudor y lágrimas?

Más allá del ruido, la defenestración de Lastra era un secreto a voces desde hace días. El PSOE, tutelado desde Moncloa, no funciona. El verano anterior cayó el secretario de Organización y ahora la vicesecretaria general, número dos de Sánchez. Y le seguirán, sin duda, los portavoces, como mínimo Felipe Sicilia, pero seguramente también Héctor Gómez. Que, por cierto, no están embarazados. Curiosamente.

No hay antecedentes de un desmoronamiento semejante en la organización socialista. Pero tampoco de una campaña electoral donde Ferraz hubiera mostrado un nivel de incompetencia equiparable a los comicios andaluces de junio, donde Lastra tuvo un par de apariciones aparatosamente chuscas, cruzando Despeñaperros para hablar de corrupción del PP. Hubo risas, y no precisamente en los cenáculos de habanos conspiradores, sino en la barra de cualquiera taberna. Hacer un mitin para hablar de corrupción del PP en Andalucía bajo la marca PSOE es más delirante de lo que nadie hubiera esperado.

Lastra es una política vulgar, aunque una aparatchik solvente. Su discurso es casi siempre mediocre en el análisis de la realidad, pero sí ha demostrado capacidad de hurgar en las heridas de los rivales y dar titulares contundentes. Una mujer dotada, en fin, para la política del ciclo populista. Figura emergente a la sombra del sanchismo, la situación ahora requiere más consistencia. Ante una crisis en el horizonte de dimensiones inquietantes, Sánchez necesita ganar músculo. Algunos relevos ministeriales parecen inevitables, quizá de algunas ministras cuyo máximo mérito sea que casi nadie se haya enterado de que estaban ahí, como también algún ministro, pero en el partido necesitan mucha pólvora después de los sucesivos reveses electorales en los que ha habido desafección pero también demasiada mediocridad.

Las encuestas no engañan. El PP se distancia de 40 a 60 escaños. Feijóo apunta a los 150; y el PSOE se desploma de la cota 100. Los barones y alcaldes alertan desde hace semanas sobre la espiral catastrófica. Están a un año de municipales y autonómicas, y las perspectivas son malas, cada vez peores. Eso es lo que está sucediendo. Y, eso sí, además Adriana Lastra está embarazada y para ella ahora es su prioridad.

* * *

El desagravio

Madrid aclama a un emocionado Plácido Domingo en su regreso al Teatro Real. «¡Mueran las brujas!», gritó alguien en el Real. De esto se trataba, por eso estaba en pie todo el teatro: para desagraviar al Maestro de los ataques vertidos contra él por desaforadas (o chantajistas) feministas

Javier R. Portella *(El Manifiesto)*

Bastó entrever su sombra entrando en escena y, como un solo hombre, todo el Real de Madrid –pero el rey no estaba presente– se puso en pie, ovacionó, aclamó y vitoreó al otro rey: al de verdad. También lo haría al final de cada una de sus interpretaciones y, sobre todo, durante quince largos minutos, al término de la actuación de Plácido Domingo –celebrada este

domingo 17 de julio de 2022, a pocas horas del 18 de Julio– hasta que él mismo, con un leve gesto, pidió a los músicos que hicieran el favor de retirarse. Si no, todavía estaríamos aplaudiendo y gritando.

Como alguien que gritó: «¡Mueran las brujas!». Tal fue el grito de un espectador cuyo nombre me guardaré, pero que los lectores de *El Manifiesto* pueden fácilmente imaginarse.

De esto, en efecto, se trataba, por eso estábamos ahí: para desagraviar al Maestro de los ataques vertidos contra él por desaforadas (o chantajistas) feministas que quisieron acabar con su honor y su carrera acusándolo de haber seducido –gran bien les habría hecho– a algunas de ellas.

Estábamos ahí para que nuestro mayor tenor de todos los tiempos (convertido en barítono a sus provectos años) fuese desagraviado de los ataques que delirantes hembristas habían lanzado contra él. (Corría, por cierto, el rumor de que a las puertas del Real se habían agrupado, acusando el golpe y protestando, un grupo o grupa de militantas o militantos LGBTQI+).

Pero no era sólo por eso por lo que el todo Madrid, acudiendo al Real, se había puesto en pie. Se había levantado también contra los no menos miserables intentos que, por mediación del Ministerio de Cultura presidido por un inculto y separatista individuo, sigue efectuando el Partido Socialista para impedir la presencia de Plácido Domingo en nuestros escenarios. Así, por ejemplo, la dirección del Teatro Real sólo pudo eludir la censura ministerial inventándose toda una estratagema. Consistió en alquilar la sala al Universal Music Festival, que era quien organizaba oficialmente el evento, y no el Real, a quien el Ministerio también ha vetado la presencia de Plácido Domingo en Nabucco, representada este mes de julio.

Por lo que se refiere a la velada operística de este 17 de julio, efectuada bajo la eficiente batuta del alicantino Jordi Bernàcer, director de la orquesta titular del teatro, y contando con la majestuosa voz de la soprano búlgara Sonya Yoncheva, Plácido Domingo dio muestras –en medio de un repertorio dominado por Verdi y al que se sumaron arias de Giordano, Massenet y Thomas, junto con bises de zarzuelas– de todas las capacidades que a sus 81 años sigue obteniendo de la voz de oro que los dioses le han dado. Y que nos han regalado.

A quienes no se la han regalado es a quienes, boicoteándolo, osan rechazarlo. O no asisten a un acto parecido. Como los dirigentes del PP-SOE: tanto los de las dos primeras letras de las siglas como los del resto (sólo Andrea Lévy, concejal de Cultura del Ayuntamiento de Madrid, estaba presente a título personal). O como quienes perdieron una ocasión de oro para expresar públicamente sus posiciones. Ya sea por incuria o por despiste, a nadie de la plana mayor de VOX se le vio anoche el pelo en el Real.

* * *